

Jaume Socías: «Subirachs, 1960-1980, en Daedalus», Destino, 7 de febrero de 1980, p. 38

Una exposición de la obra realizada por Josep Maria Subirachs a lo largo de dos decenios ha de ser a la fuerza un acontecimiento trascendente. Y más todavía si esta muestra se realiza adecuadamente, con un montaje impecable y un catálogo tan cuidadoso y analítico como el que se ha editado, a cargo de Francesc Fontbona y con una introducción poética (*Món de Subirachs*) de Salvador Espriu

Todo ello posibilita el que nos demos cuenta una vez más de la importancia de este escultor, cuya proyección pública en Barcelona ofrece el peligro de que creamos ya conocerle, de habernos acostumbrado a su presencia. Y creo que esta importancia depende no solamente de la perfección de su obra y de su creación de un estilo personal, sino sobre todo del valor de este artista como representante de nuestro país y de nuestro tiempo, representatividad que Subirachs ha logrado asumir de una manera seria y profunda, huyendo de lo retórico y lo fácil para inventarse una imagen anclada en nuestras propias esencias.

Clasicismos y modernidad, tanto en la temática como en la textura; amor a los materiales más nobles y a los acabados más finos junto con el empleo de la madera, la piedra, el hierro y el cemento en sus brutos; simbolismo (a veces casi surrealista) al lado de la realidad más punzante: este es el mundo ambiguo que nos presenta Subirachs, tal vez como plasmación de su propia personalidad, o al menos así me lo parece personalmente. Como también para mí la escultura de Subirachs es de las pocas cuyo lenguaje no me parece arbitrario ni mucho menos sujeto a la moda (el gran peligro «académico», siempre actual), sino fruto de una continuada reflexión, de un constante e irónico juego, intelectual y estético, entre la tradición y la creatividad.

Destacaré de entre las obras expuestas las de más reciente realización: la gran *L'Esfinx*, tan recién terminada que lleva fecha de 1980 y ni siquiera ha podido ser reproducida fotográficamente en el catálogo: es una escultura en piedra de una evidente potencia, dada por sus acusados volúmenes y un fuerte tratamiento matérico. De las de 1979 sobresale *Núria-Fedra*, de la serie escultura-pintura, que incorpora el retrato de Nuria Espert, y *L'Esquerda*, de la misma serie, así como *Gèminis 900* y varios torsos en bronce o en piedra (que tienen en común una fuerza y una expresividad muy peculiares), así como el bronce *Dafne*, que parece abrirse hacia un nuevo lirismo. También en 1979 hay otras esculturas de series ya conocidas, como las famosas caras incrustadas dentro de la materia y reflejándose en superficies pulidas, así como las que Fontbona llama «perfils correguts», especie de proyecciones lineales de los cuerpos en relieve, serie que para mi gusto culmina en el bronce *Gènesi 1,22*, desnudo femenino que se prolonga en una superficie cada vez más rugosa,

aunque esta escultura quizá pueda o deba ser leída al revés: el de la materia bruta que progresivamente se va puliendo y cogiendo forma hasta llegar a la perfección final.

Una exposición, en fin, absolutamente a ver, a comentar, a discutir y a admirar.